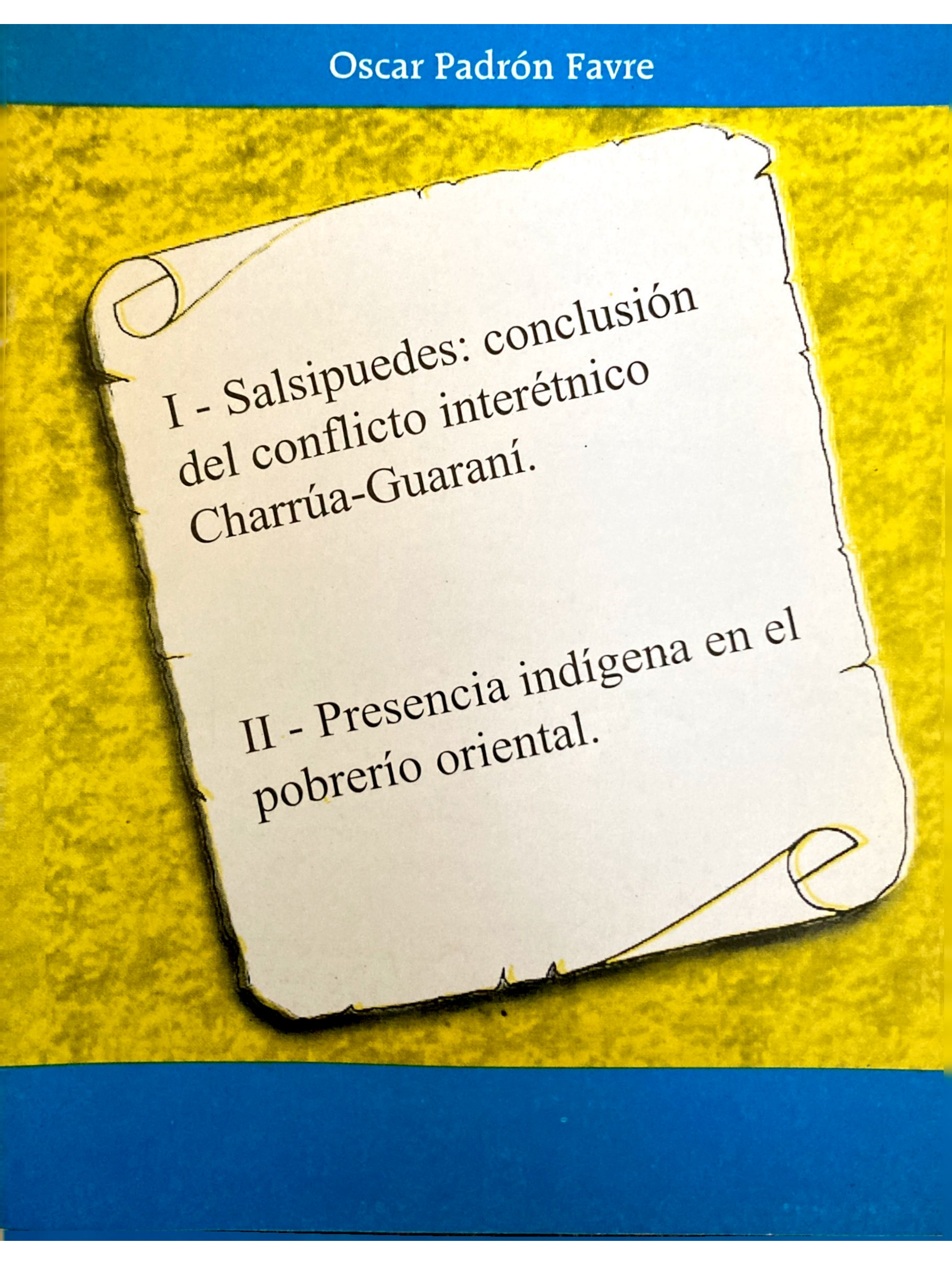

Oscar Padrón Favre
I - Salsipuedes: conclusión del conflicto interétnico Charrúa-Guaraní.
II - Presencia indígena en el pobrerío oriental.

Cuadernos de Estudios Históricos y Sociales

Serie: «GUARANÍES MISIONEROS»

Nº1 Noviembre 1997
Durazno - Uruguay

I - Salsipuedes: conclusión del conflicto interétnico Charrúa-Guaraní.

(Trabajo presentado en el IX Congreso Nacional de Arqueología Uruguaya. Colonia del Sacramento, Junio 1997)

II - Presencia indígena en el pobrerío oriental.

(Trabajo presentado en el IX Congreso Nacional de Arqueología Uruguaya. Colonia del Sacramento, Junio 1997)

ISBN - 9974-39-103-2 Obra Completa
ISBN - 9974-39-104-0 Volumen 1

Dirección: W. Ferreira 758
C.P. 97.000 - Durazno - Uruguay
Tel:. (00598)-036-23679

SALSIPUEDES:
CONCLUSION DEL CONFLICTO INTERETNICO CHARRUA-GUARANI

Con frecuencia los acontecimientos históricos son factibles de ser analizados y evaluados a la luz de múltiples significados e interpretaciones que no necesariamente son excluyentes entre sí sino complementarias. Ese es el caso de la acción bélica de Salsipuedes (11/Abril/1831) en la que el grupo Charrúa concluye como tal. Si bien allí la desaparición no fue definitiva y se sucedieron otros encuentros, dicha jornada concentra en sí el significado de ser el capítulo final de la lucha secular entre la expansión hispano-criolla con los grupos indígenas nómades que habitaron lo que actualmente es el Uruguay. Desde esa perspectiva Salsipuedes también fue el cierre de un largo conflicto entre etnias que se inició en el siglo XVI con la llegada del conquistador europeo y que fue continuado por sus descendientes criollos a lo largo del período colonial y en los primeros años de la vida nacional (Acosta y Lara,E. 1961, 1969, 1983, 1989, 1993).

Sin embargo, Salsipuedes y los enfrentamientos menores que se sucedieron, también supusieron el final de otro conflicto interétnico, pero, en este caso, entre grupos indígenas, especialmente representados estos por los charrúas y los guaraníes. Al final los charrúas asumieron de forma única la representación de los diversos grupos que se caracterizaron por ser cazadores-domesticadores de caballos-nómades, mientras que el guaraní tuvo en el indio misionero su principal expresión, tanto por su importancia demográfica como por el bagaje técnico-cultural que lo caracterizó. Y en Salsipuedes, precisamente, el protagonismo bélico estuvo representado de una parte por los charrúas y, de otra, por los soldados y milicianos guaraníes-misioneros al servicio, entonces, del Estado Oriental (Acosta y Lara, E.,1989).

Es nuestra intención con este trabajo no sólo destacar esa otra «lectura» de Salsipuedes sino, especialmente, tratar de sintetizar algunos de los rasgos más

paradigmáticos y sobresalientes de ese largo conflicto entre etnias indígenas.

Consideramos interesante llevar adelante tal tipo de análisis, en la medida que la historiografía con marcada preferencia ha centrado su estudio en el enfrentamiento de las sociedades blanco-mestizas con las indígenas, no poniendo el mismo interés y énfasis en las profundas, prolongadas y también muy sangrientas luchas entre las propias sociedades indígenas, pertenecieran o no a distintas etnias. El tratamiento de estos conflictos, sin embargo, se revela particularmente importante y eficaz a la hora de explicar muchos de los sucesos y dilucidaciones que pautaron las relaciones entre los conquistadores y colonizadores criollos con las diversas sociedades aborígenes.

Un abordaje de esta características, del cual esta ponencia no pretende ser más que una introducción, nos enfrenta al manejo de un tiempo histórico que con frecuencia es denominado como de larga duración. El mismo resulta particularmente apropiado para el análisis de los procesos ideológicos, técnicos y de relacionamiento interétnico (Braudel, F., 1984). Presenta también serias dificultades, que se hacen particularmente notorias en un trabajo de síntesis como el presente. Enfrentar un espacio temporal muy dilatado supone encerrar un universo de acontecimientos y protagonistas muy numeroso y variado, de ahí que lo que se tomen como formas de relacionamiento paradigmáticas, en este caso entre las diferentes etnias, no son más que un resultado porcentual, de frecuencia predominante en repetirse dicho comportamiento pero para nada posee el carácter absoluto. Sin duda existieron numerosas excepciones a las relaciones descriptas, pero ellas nunca dejaron de ser eso: excepciones.

La rivalidad que hemos sintetizado como Charrúa-Guaraní no nació con la conquista y colonización europeo-criolla, pues claramente su origen se remontaba a los tiempos prehispánicos. Lo que sí es cierto es que a lo largo del tiempo ese antagonismo se fue cargando de distintos atributos, resultado de las divergentes respuestas que de forma mayoritaria una y otra etnia dieron ante los desafíos provenientes de los imperios coloniales y de los estados nacionales que les sucedieron, en este caso el Uruguay. Por eso resulta un camino apropiado analizar ese antagonismo a la luz de algunos de los más significativos desafíos aludidos que debieron enfrentar, pues fue ante ellos que dicha polaridad no sólo quedó al desnudo sino que tendió a exacerbarse.

De forma muy sintetizada analizaremos algunos de ellos.

Un conflicto prehispanico

Las primeras fuentes europeas referidas a la situación en que se encontraban los pueblos ubicados en las costas e islas del Río de la Plata y sus principales afluentes, son unánimes en señalar que la misma era de guerra, de permanentes enfrentamientos entre los diversos grupos indígenas, pero que especialmente se destacaba la mantenida por los Guaraníes con los demás pueblos indígenas de la región a los que de forma genérica aquellos identificaban como Timbúes o Beguaes (Barlow,R., 1971), (Ramírez, L., 1992). Algo similar sucedía en el litoral atlántico donde a los diversos pueblos no guaraníes estos los denominaban genéricamente Tapuias (Soares de Souza,G.,1879).

Esa acentuada reafirmación étnica, estableciendo claramente «nosotros» y, sin duda despectivamente, los «otros», es una manifestación elocuente del carácter guerrero y conquistador que caracterizó al guaraní y que lo llevó a penetrar a la región rioplatense, descendiendo por los grandes ríos, en un proceso expansivo que irremediablemente debía enfrentar la oposición de los grupos indígenas preexistentes (Proenza Brochado,J.,1975). No necesariamente ese enfrentamiento debió ser siempre frontal, especialmente si tenemos en cuenta, de acuerdo a la modalidad expansiva guaraní, que estaban en clara inferioridad numérica, al menos en un principio. Debieron jugar entonces un papel principal, más que las innegables condiciones guerreras, sus especiales habilidades para la diplomacia y la intriga, usando en provecho propio los numerosos conflictos ya existentes entre los distintos grupos indígenas no-guaraníes. Estrategia de la cual dan testimonio varias fuentes escritas del siglo XVI.

Sobre estas bases era que se fundamentaba el difundido tráfico de seres humanos, generalmente prisioneros de guerra, que al arribo del europeo ya existía en esta región (Medina, J.T.,1908).

Ante la llegada del Europeo

A partir de las primeras décadas del siglo XVI una nueva etnia irrumpió en el espacio rioplatense, trasladándose desde el otro lado del Atlántico y frente a ella quedaron de manifiesto las fuertes tensiones existentes entre los guaraníes y demás grupos de la región. Esta oposición tenía un sustento estructural muy acentuado, en la medida que el guaraní representaba a un pueblo predominantemente agricultor mientras los demás eran, fundamentalmente, cazadores y pescadores, practicando sólo algunos una agricultura incipien-

te. Esta condición de ser los guaraníes agricultores y los charrúas y demás grupos cazadores-recolectores-pescadores, fue sin duda un factor decisivo para explicar los divergentes caminos tomados por ambas etnias no solamente ante el proceso de conquista que llevó adelante el europeo sino ante los sucesivos desafíos que se fueron agregando con el correr de los siglos.

Esta dicotomía entre agricultores y cazadores-pescadores es señalada con destaque a partir de las fuentes de la primera hora. El español veía en el guaraní agricultor (y por consecuencia sedentario) dos condiciones muy favorables a sus intereses: tener una estabilidad mayor en cuanto al suministro de alimentos y ser, por su carácter sedentario, más vulnerable al sometimiento que los grupos cazadores.

Otras cualidades, no menos importantes que las anteriores, caracterizaban a la etnia guaraní, haciéndola por lo tanto a los ojos europeos más apropiada para tenerla de aliada. De ellas destaquemos primero el poseer una lengua general, es decir un idioma de amplísima difusión y que era reconocido por guaraníes y no-guaraníes como lengua de trato. Este hecho y el de estar diseminados por un vastísimo espacio que iba desde la costa atlántica del Brasil hasta el corazón del continente le daban al guaraní, desde la perspectiva europea, un carácter de ser la constante, la permanencia dentro del abigarrado mosaico de pueblos, idiomas y rasgos culturales que encontró en esta región. Desde el punto de vista bélico, además, la cadena de aldeas guaraníes a lo largo de los principales ríos era un factor decisivo para que el conquistador evitara quedar aislado al internarse en el continente.

Estos factores explican ese relacionaiento de alianza tácita entre el guaraní y el europeo que se dio claramente cuando la expedición de Caboto (Ramírez,L.,1992) y también de forma muy elocuente durante los primeros años de vida de Asunción. Entendimiento o alianza guaraní-español que no sólo nació de la conveniencia del conquistador europeo sino también de la parte indígena. Dicho relacionamiento, ya prefijado en la costa atlántica del Brasil donde embarcaban guaraníes para hacer de baqueanos en la entrada al Río de la Plata, suponía que el europeo en buena medida quedaba rehén no sólo de la «traducción» de la realidad rioplatense que le brindaban los guaraníes si no de las propias relaciones que estos mantenían con los grupos no-guaraníes. En tal sentido es claro que el astuto guaraní también pretendió valerse del europeo para hacerlo un instrumento que le permitiera consolidar su dominio sobre aquellas etnias cazadoras-pescadoras-recolectoras, y de hecho fueron numerosas las expediciones realizadas de forma conjunta (Ramírez,L.), (Alonso Cabrera,V.,1948).

No fueron pocas, sin embargo las excepciones a esta situación, especialmente cuan-

do el guaraní percibió que su circunstancial aliado obraba de forma excesivamente autónoma, arriesgando su propio predominio. La fundación de la primera Buenos Aires será precisamente motivo para la fractura de dicha alianza (Schmidl,U., 1962), (Martínez de Irala,D., 1941). Lo mismo sucederá en Asunción cuando el poder de los españoles y sus mestizos se vaya consolidando.

Los diversos sucesos que acompañaron a la expedición de Juan Ortiz de Zárate en territorio oriental (1573-1577) dieron testimonio también de un nuevo entendimiento guaraní-español contra los grupos cazadores pero, al mismo tiempo, la intención solapada de los primeros de procurar la derrota de los europeos que para entonces claramente era «aliados» excesivamente gravosos y peligrosos. La actitud del cacique guaraní Yamandú da buena cuenta de ello (Barco Centenera,M.del, 1969).

Ante la Evangelización

Desencadenado el proceso de la conquista religiosa, especialmente a partir del siglo XVII, el antagonismo de guaraníes y grupos fuertemente guaranizados con los grupos cazadores se acentuó en la medida que las respuestas fueron muy diferentes. Mientras los primeros, atenazados por los encomenderos de Asunción y los plantadores del Brasil, asimilaron de forma masiva la propuesta misional, aceptando la unión de las aldeas en centros urbanos, los segundos rechazaron el pasar a vivir en poblaciones estables, Y esta última respuesta fue una constante en los grupos cazadores a lo largo de dos siglos, particularmente evidente en el caso de los yaros, bohanes, minuanes y charrúas.

Dicha actitud divergente volvió a fundamentarse, nuevamente, por su condición de agricultores-sedentarios en el caso de los guaraníes y de cazadores-nómades en el de los grupos antes nombrados. Y esta explicación de base estructural fue percibida desde un principio por los principales agentes de la evangelización. Desde el P. Lorenzana (1610) (Pastells,P., 1912:T. I.168) hasta la segunda mitad del siglo XVIII (Anónimo,ca. 1760) son muy numerosas las fuentes que de forma unánime señalan que la condición esencial para que se produzca una conversión duradera entre los indígenas y se avengan a vivir bajo cruz y campana, sedentariamente, es que sean pueblos agricultores.

Los innumerables episodios de conversiones y reducciones de grupos cazadores, que durante tan largo lapso de tiempo se produjeron, fueron en la inmensa mayoría de los casos simuladas y de escasa duración. Nacieron siempre ante la amenaza de ataque, ya fuera proveniente de otras parcialidades indígenas, de los españoles, portugueses y crio-

llos o desde las propias Misiones de guaraníes. Otra causa que se repitió hasta el cansancio fue la necesidad de proveerse de algunos elementos que habían pasado a ser muy importantes para los cazadores-pastores nómades, caso de yerba, tabaco, ropa, objetos de metal, sabiendo que las poblaciones criollas o los sacerdotes que ansiaban su reducción, se las entregarían con prodigalidad a cambio de la promesa de conversión. Pero tanto en uno como en otro caso su permanencia en las Misiones o en las proximidades de alguna población criolla duraba hasta que la amenaza había desaparecido o cuando habían saciado sus necesidades. Recordemos sólo a título de ejemplo las conclusiones a las que llegaron los padres Fco. García (1683) (Gay,J.P., 1942) y José Cardiel (1747) (Furlong,G.,1953) y las experiencias de las poblaciones de Jesús María de los Guenoas y Cayastá.

Como resultado de esto el ancestral antagonismo que hemos sintetizado Guaraní-Charrúa (englobando con esta última denominación, por un sentido práctico, a todos los grupos escenciamente cazadores) se cargó de nuevos contenidos, especialmente en este caso al ser unos, los primeros, «indios cristianos» y los segundos «indios infieles». Categorías para la época no sólo de significado religioso sino, fundamentalmente, social y político, pues en el marco oficial del imperio salvacionista español el carácter de «infiel» suponía estar fuera de él y por añadidura, ser su enemigo. Los cazadores no alcanzaron el carácter de «súbditos» del Imperio cosa que si pasaron a ostentar los guaraníes, identificados ahora como los indios misioneros. Y cuando estos últimos se transformen en el brazo armado del imperio español en esta parte del continente, verán legitimado el uso de la fuerza contra los grupos cazadores ecuestres en el marco doctrinario de la guerra justa entre cristianos e infieles, entre súbditos y no-súbditos.

No queremos cerrar esta parte del análisis sin señalar al menos tres consecuencias más que impactaron y modificaron el relacionamiento entre los guaraníes y los grupos nómades.

-El fuerte proceso de transculturación protagonizado en las Misiones por los guaraníes amplió enormemente la brecha cultural frente a los cazadores, aproximando a los primeros mucho más a las sociedades criollas.

-Las importantes condiciones de vida alcanzadas en las Misiones potenciaron demograficamente a los guaraníes a diferencia de la situación de constante disminución poblacional de los cazadores.

-El guaraní, transformado en pastor ecuestre, pasó a colonizar ecosistemas que hasta entonces habían estado vedados a sus antepasados. Es el caso de las dilatadas praderas de la Banda Oriental, que desde siglos o milenios habían sido del dominio casi

absoluto de los cazadores. La disputa por ese espacio, en el que se encontraba la riqueza fundamental constituida por vacunos y equinos, estuvo pautada por innumerables y sangrientos enfrentamientos entre tapes e infieles a lo largo de casi centuria y media.

Ante la lucha de Imperios

Las diversas consecuencias que produjo la prolongada lucha entre los imperios coloniales español y portugués para estas tierras rioplatenses, tampoco dejaron de impactar en la vieja rivalidad guaraní-charrúa. Por el contrario, en repetidas ocasiones exacerbaron los enfrentamientos entre las dos etnias, dado que en términos generales fue muy claro el embanderamiento antagónico que una y otra tomó en esta lucha. Tal involucramiento no podía ser de otra manera si tenemos en cuenta que dichas etnias estaban ubicadas en plena frontera caliente de ambas potencias imperiales.

Ya desde la cuarta década del siglo XVII, cuando se les reconoció a los guaraníes-misioneros el derecho a militarizarse a efectos de contrarrestar los ataques bandeirantes, se transformaron aquellos en la principal fuerza militar con que contó el imperio español en esta parte de sus dominios por mucho tiempo (Kern,A., 1982). Las Misiones de guaraníes constituyeron así una verdadera marca militar.

Esta decidida participación de los misioneros en favor de la causa del imperio español tuvo oportunidad de manifestarse en innumerables momentos a lo largo de los siglos XVII y XVIII. Recordemos los numerosos enfrentamientos con los bandeirantes paulistas, los sucesivos sitios a la Colonia del Sacramento, las continuas tareas de patrullaje de las costas que hacían partidas misioneras, las campañas de Pedro de Cevallos y las muchas obras de fortificación que se levantaron con el esfuerzo guaraní, caso, entre otros, de la propia Montevideo.

El imperio portugués percibió desde un principio que en las Misiones guaraníes se encontraba el principal obstáculo a vencer en su programa de expansión hacia el Plata, de ahí los múltiples esfuerzos que hizo por dominarlas o destruirlas. Y para esa tarea encontró siempre como aliados naturales a los distintos grupos de cazadores nómades que poblaban la región, especialmente los minuanes y charrúas.

Desde la Colonia del Sacramento, desde Porto Alegre o Río Pardo los portugueses obtuvieron siempre con facilidad la alianza de los grupos citados, asignándoles las tareas de abastecerlos de ganados y caballos, de guiarlos por el desconocido territorio, de actuar como fuerzas de choque auxiliares y de atacar las propias Misiones(Acosta y

Lara,E., 1961).

De esta forma, defendiendo a imperios coloniales diferentes, también se encontraron en lucha los tapes guaraníes con los infieles y «aportuguesados» yaros, minuanes y charrúas. De estos numerosos enfrentamientos sin duda la llamada Batalla del Yí (1702) fue el acontecimiento más paradigmático.

Merece destacarse que en aquellos períodos en que circunstancialmente el conflicto imperial cesaba esto suponía, con frecuencia, el cambio transitorio de las alianzas. Recordemos especialmente el caso dado durante la llamada Guerra Guaranítica, cuando portugueses y españoles se unieron para obligar a los misioneros a respetar lo estipulado por el Tratado de Madrid (1750). En ese momento los misioneros buscaron el apoyo de los grupos nómades y en parte lo obtuvieron. Sin embargo el mismo no se debió a un ideal principio de solidaridad entre indígenas sino a la mutua conveniencia, especialmente la de los grupos cazadores que vieron una oportunidad de poner un elevado precio en especies a su apoyo, tal como lo señalan valiosos testigos de tales sucesos (Henis,T., 1970), (Nusdorffer,B., 1922).

Aún cuando parezca obvio, es necesario precisar que en ningún caso y bajo ninguna circunstancia la posición o actitudes de los grupos nómades fueron totalmente homogéneas debido a las grandes luchas y divergencias que existían entre ellos, caso de los yaros y minuanes por ejemplo, como entre las distintas parcialidades de cada grupo que obedecían a distintas jefaturas. Esta acentuada fragmentación explica como en un mismo momento y ante idénticas circunstancias la documentación puede señalar actitudes diferentes asumidas por los diferentes grupos o caciques. No anula ello, sin embargo, la validez de los comportamientos paradigmáticos que hemos definido en la medida que estos se muestran siempre como los más frecuentes.

Ante la Revolución

Obligados por las características de síntesis que debe tener este trabajo, omitimos analizar en esta oportunidad otros acontecimientos que también impactaron muy fuerte sobre las sociedades indígenas, tanto en la misionera como en los grupos nómades. Es el caso, por ejemplo, del relacionamiento con los diferentes núcleos urbanos de la expansión colonial que se fueron sucediendo, como Santa Fé, Corrientes, Montevideo. Poblaciones todas estas que en sus anales poseen innumerables y variadas situaciones de relacionamiento con las etnias indígenas citadas y de las cuales con frecuencia emerge esa polaridad cuyo

destaque es el motivo de esta ponencia. En tal sentido el caso de Santa Fé es un muy buen ejemplo (Salaberry,J., 1926).

Otro proceso que sin duda merece ser analizado por sus numerosas y profundas repercusiones fue el denominado reformismo borbónico o la modernización del imperio colonial español, que impactó de forma directa sobre los indios misioneros y de manera indirecta, pero no menos fuerte, sobre los grupos nómades ecuestres.

Sin embargo, por la razón señalada, pasamos a detener nuestra mirada sobre el período revolucionario, es decir sobre la segunda y tercera década del pasado siglo. Fenómeno que encuentra a las sociedades indígenas que venimos analizando sumidas en una situación verdaderamente crítica producto, fundamentalmente, de los efectos de las reformas borbónicas antes mencionadas.

En el caso de los guaraníes-misioneros se trata de una situación de profunda decadencia económica y social. La mayor parte de las antiguas riquezas en tierras y ganados se ha perdido y los Pueblos se van despoblando aceleradamente, contribuyendo al crecimiento demográfico de otras zonas del Río de la Plata, muy especialmente al de la Banda Oriental.

Por su parte para los grupos nómades, la creciente demanda por cueros vacunos y la consecuente valorización de la tierra ha provocado que los centros de expansión colonial intensifiquen las campañas bélicas contra ellos.

El territorio se les contrae de forma vertiginosa y un último y definitivo asalto a sus tolderías parece inminente cuando estalla la Revolución (Acosta y Lara, E., 1961).

Tanto los misioneros como los charrúas y minuanes participarán de ella, pero en circunstancias y con objetivos diferentes. En el caso de los primeros vivirán la tragedia de verse enrolados en diferentes ejércitos, enemigos entre sí, (caso de fuerzas portuguesas, brasileñas, paraguayas, porteñas y de otras provincias), llegando a la difícil instancia de tener que combatir entre sí. Una especie de guerra civil pero por intereses ajenos. Cuando pudieron decidir libremente su enrolamiento en algunos de los bandos en pugna lo hicieron con marcada preferencia por el que comandaba Artigas. Casi con igual lealtad años después se pondrán voluntariamente bajo las órdenes de Rivera. No fue casualidad.

Uno y otro caudillo, aún cuando en circunstancias bastante diferentes, tendieron a interpretar los principales deseos colectivos de los misioneros, por los que sí se involucraban voluntariamente en la lucha. Estos eran la posibilidad de recuperar su antiguo esplendor y el derecho al autogobierno, cosas que, pese a lo que las leyes pudieran decir, habían perdido desde la expulsión de los jesuítas.

Para los grupos nómades otras fueron las expectativas que les traía el estallido de la

Revolución. Esta les permitiría perder la condición de excluídos del sistema político-social vigente, pues si antes no alcanzaban la condición de «súbditos», sí podían obtener ahora la que exigía los nuevos tiempos, la de «revolucionario». Para estos grupos, entonces, la Revolución supuso la posibilidad de pasar a la legalidad aliándose con algunos de los bandos en pugna. Como las fuerzas revolucionarias de Artigas dominaban la campaña, el territorio que a esos indígenas les interesaba, fue a ellas que se unieron.

De esta forma charrúas y minuanes lograron romper el cerco al que se habían visto sometidos en los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX. El territorio para sus desplazamientos se amplió considerablemente, pues ahora coincidía casi en un todo con el territorio dominado por los revolucionarios. Es así que los veremos volver a cabalgar por las tierras al sur del río Negro, espacio que se habían visto obligadas a abandonar hacía ya varias décadas.

Por otra parte, estos grupos veían también como sus tradicionales pautas de comportamiento (robos de ganados, saqueos a estancias), hasta entonces severamente castigadas, eran ahora legitimadas dentro de la lógica revolucionaria como acciones de guerra.

Guaraníes y charrúas, de esta forma, bajan de forma notoria sus niveles de conflictividad interétnica durante la Revolución. Unos y otros integrarán las mismas fuerzas revolucionarias. Sin embargo, mientras los primeros lo harán en condición de fuerzas regulares los segundos actuarán con un carácter mucho más autónomo, como fuerzas irregulares.

La participación guaraní fue muy fuerte tanto durante el período artiguista como en la segunda etapa revolucionaria (1825-1828). No sucedió lo mismo con los charrúas y minuanes que sí actuaron activamente durante la primera etapa pero no así en la segunda, pues el nuevo liderazgo revolucionario pretendió quitarle al movimiento todo rasgo de «anarquía», perfil que sin duda la participación de los grupos nómades tendía a acentuar. De ahí que en esa segunda etapa, más que utilizar el aporte de dichos grupos se trató de controlarlos, con la excepción de lo sucedido en la campaña de Misiones (1828).

Ante el surgimiento del Estado Nacional

Superada la etapa de subversión de todo el antiguo orden que supuso el período revolucionario y que llevó, como vimos, a una situación de suspensión, de congelamiento de la antigua polaridad guaraní-charrúa, emerge un nuevo orden a partir de 1828 con el nacimiento del Estado Oriental. Y ese nuevo orden supuso el cese de muchas de esas

situaciones de excepción que sólo pudieron justificarse dentro de una lógica de guerra revolucionaria. Al producirse el reposicionamiento quedó en evidencia que el nuevo orden aún mantenía mucho del antiguo. Y en el caso que nos ocupa eso fue muy elocuente.

Los charrúas no lograron percibir esta situación de cambio. La lógica de un tiempo de organización estatal volvía a poner fuera de la ley a sus antiguos hábitos y formas de operación, que habían sido permitidos y hasta estimulados durante el tiempo revolucionario. La disyuntiva es la misma que la planteada en el tiempo colonial: abandonar su vida nómade o prepararse para resistir los ataques provenientes de los centros de expansión criollos. La situación en ese sentido es más grave aún que antes de la Revolución, pues la pradera despoblada y libre ha desaparecido totalmente por el avance de las estancias y porque los dos frentes expansivos, el hispano-criollo y el luso-criollo han consolidado una frontera real y no meras líneas trazadas en mapas. El espacio para el indígena cazador-domesticador de caballos-nómade ha desaparecido. Ha quedado encerrado entre las estancias.

Dar una solución definitiva a esa insostenible situación será la tarea ineludible del primer gobierno que desee poner bases sólidas a la organización nacional.

Los misioneros, una vez más, tendrán otras opciones. La Revolución no les dio ninguno de los frutos que ellos esperaban, al contrario. Trajo la ruina definitiva de los Pueblos, la pérdida de la unión étnica, la decadencia de las antiguas jefaturas, la consolidación de liderazgos de carácter militar, y la preferente dedicación al servicio de las armas como soldado de línea, perdiendo en gran medida los atributos de indígena agricultor y diestro en diversos oficios que justificada fama les diera por tanto tiempo (Padrón,O., 1996).

Pese a lo apuntado, el indio misionero, ante el desafío del surgimiento del Estado nacional, vuelve a ratificar que es el que está en mejores condiciones de integrarse a la nueva situación. De hecho muchos miles lo harán pasando a ostentar la condición de ciudadanos orientales (Padrón,O.,1996). Esa integración se produjo cumpliendo diversos roles pero uno de ellos, en particular, fue el que llevó nuevamente a que el enfrentamiento guaraní-charrúa resurgiera. Ese rol fue el de soldado de línea del naciente Estado Oriental. El nuevo ejército nacional incorporó masivamente al misionero dada su experiencia e inclinación al servicio de las armas (Padrón,O., 1996), mientras que el indígena encontraba en ello una posibilidad de satisfacer sus necesidades básicas de forma más o menos aceptable.

Integrado con preferencia a los regimientos de caballería, le cupo así tener un papel decisivo en la jornada bélica de Salsipuedes y en los sucesivos encuentros menores. No

fue ello casualidad. Siempre los centros de expansión europeo-criollo habían tenido muy claro la existencia de esa profunda rivalidad guaraní-charrúa y que de ella debían valerse para poner fin a los problemas que causaban los segundos. Decía Agustín de la Rosa en 1796 (Acosta y Lara,E., 1961):

> ***«llegará un tiempo que (charrúas y minuanes) causarán los mayores perjuicios en esta Campaña, si no se busca medio de reunirlos a sociedad o aniquilarlos, que para esto son a propósito los Indios de Misiones, por el mutuo aborrecimiento que unos a otros se tienen.»***

Rivera y sus contemporáneos tampoco desconocían esto (Acosta y Lara,E., 1985: 80) y los hechos de 1831 y 1832 demostraron que estaban en lo cierto.

El casi inmediato surgimiento de las guerras civiles y la lucha de divisas volvió a dar motivo para un último reflejo de esta ancestral rivalidad étnica, pues mientras los misioneros participaron de forma mayoritaria y decidida por la causa de Rivera, el pequeño grupo de sobrevivientes charrúas se unió sucesivamente a las fuerzas de Lavalleja (Acosta y Lara,E., 1969), Oribe (Figueira,J.,1977: 338 ss.) y Echagüe (Padrón,O.,1994: 32).

BIBLIOGRAFIA

ACOSTA Y LARA, Eduardo

1961 «La guerra de los charrúas. Período Hispánico «Montevideo 251 p.

ACOSTA Y LARA, Eduardo

1969-70 «La guerra de los charrúas en la Banda Oriental. Período Patrio» Montevideo 203 p.

ACOSTA Y LARA, Eduardo

1983 «Nuevos documentos relativos a la muerte del Coronel Bernabé Rivera». En: Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias Serie Historia Vol. I Nº. 1 Montevideo 15 p.

ACOSTA Y LARA, Eduardo

1985 «Salsipuedes 1831 (los lugares)». En: Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias Serie Ciencias Antropológicas Vol.I Nº. 4 Montevideo p.65-88

ACOSTA Y LARA, Eduardo

1989 «Salsipuedes 1831 (los protagonistas)». En: Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay Vol. XXVI p.73-104

ACOSTA Y LARA, Eduardo

1993 «La campaña de 1831 contra los charrúas. (Revisión y comentarios)». Montevideo 23 p.

ALONSO CABRERA, V

1948 «Informe». En: González,J.N. Proceso y Formación de la Cultura Paraguaya. T.I. Asunción p. 102.

ANONIMO (CA.1760)

1899 «Breve relación Geográfica y Política de la Gobernación de Río de la Plata». En: Outes, Félix Estudios etnográficos. Buenos Aires p. 68,72,75-78

BARLOW, Roger

1971 «A brief summe of geographie» En: Barrios Pintos, A. Historia de los Pueblos Orientales. Montevideo p. 96-97

BARRIOS PINTOS, Anibal

1991 «Los aborígenes del Uruguay» Montevideo 190 p.

BRAUDEL,Fernand

1984 «La Historia y las Ciencias Sociales» Madrid 222 p.

CENTENERA, Martín del Barco

1969 «La Argentina o la conquista del Río de la Plata». En: Angelis, Pedro de Colección de Obras y Documentos. T. III Buenos Aires p.17-420

FIGUEIRA, José J.

1977 «Eduardo Acevedo Díaz y los aborígenes del Uruguay» En: Boletín Histórico del Ejército Nos. 193-196 Montevideo p. 338.342

FURLONG, Guillermo

1953 «José Cardiel S.J. y su Carta-Relación (1947)» Buenos Aires 216 p.

GAY, Joao P.

1942 «Historia da República Jesuítica do Paraguai» Río de Janeiro p. 270.284

HENIS, Tadeo X.

1970 «Diario histórico de la rebelión y guerra de los pueblos guaraníes» En: Angelis, Pedro de Colección de Obras y Documentos T.V Buenos Aires 469-563

KERN, Arno
1982 «Missoes: uma utopía política» Porto Alegre 275 p.
MARTINEZ DE IRALA, Domingo
1941 «La relación que dexo Domingo Martínez de Yrala en Buenos Ayres al tiempo que la despobló. 1541» En: Documentos Históricos y Geográficos Relativos a la Conquista y Colonización Rioplatense. T.II Buenos Aires p. 299-302
MEDINA, José T.
1908 «El veneciano Sebastián Caboto al servicio de España» 2 vol.Santiago de Chile.
NUSDORFFER, Bernardo
1922 «Relato de la transmigración y guerra de los Siete Pueblos 1750-1756» En: Teschauer, P.C. Historia do Río Grande do Sul Dos Dois Primeiros Séculos. T.III Porto Alegre
PADRON, Oscar
1994 «Sangre indígena en el Uruguay» 3a.ed.Montevideo p.32
PADRON, Oscar
1996 «De caciques misioneros a ciudadanos orientales». En: Actas de las Primeras Jornadas de Historia Argentina y Americana. Fac.Filosofia y Letras Buenos Aires p. 37-55
PADRON, Oscar
1996 «Los indios misioneros y el primer ejército del Uruguay». En Revista Desmemoria, N°. 12 Buenos Aires p. 126-135
PADRON, Oscar
1996 «Ocaso de un pueblo indio. Historia del éxodo guaraní-misionero al Uruguay» Mdeo. 323 p.
PASTELLS, Pablo
1912 «Historia de la Compañia de Jesús» Vol.I. Madrid
PI, Renzo
1993 «Los indios de Uruguay» Madrid 355 p.
PROENZA BROCHADO, José
1975 «O Guaraní: o conquistador vencido» En: O indio no Río Grande do Sul. Porto Alegre p. 71-81.
RAMIREZ, Luis
1992 «Carta, 1528». En: Laguarda Trías, Rolando A. La carta más antigua escrita en territorio uruguayo. Montevideo p. 7-103.
SALABERRY, Juan F.
1926 «Los charrúas y Santa Fé» Montevideo 292 p.
SCHMIDL, Ulrico
1962 «Viaje al Río de la Plata (1539-1554)» En: Viajes por América del Sur Vol. IV Madrid.
SOARES DE SOUZA, Gabriel
1851 «Tratado descriptivo do Brasil en 1587». En: Revista do Inst. Hist. e Geografico do Brasil T. XIV Río de Janeiro p. 106-109,350.

PRESENCIA INDIGENA EN EL POBRERIO ORIENTAL

Constatado, y reconocido de forma creciente, el aporte fundamental de la etnia guaraní (especialmente los indios misioneros) en la formación de nuestra población nacional, emerge como tarea a continuar y profundizar la identificación y valoración de dicha presencia en las diversas etapas y manifestaciones de nuestro pasado. Para dicho emprendimiento sin duda deberán concurrir distintas disciplinas, siendo hoy importantes los aportes realizados por la lingüística, la etnohistoria y la antropología física.

En tal sentido es propósito de este trabajo brindar algunos avances de una investigación que venimos desarrollando, la cual pretende ampliar, cronológica y temáticamente, el espacio del análisis de la presencia indígena en el Uruguay. Procuramos así destacar la certidumbre que poseemos respecto a que la mayor parte de la población indígena y mestiza existente en nuestro país pasó a integrar, desde finales del pasado siglo, el sector social identificado como «el pobrerío». Condición socio-económica prácticamente marginal que sin duda contribuyó a forjar el mito que el Uruguay carecía de herencia demográfica indígena.

Concepto de pobrerío

Definimos como pobrerío -utilizando el término vulgar con el cual con preferencia se lo identificó desde el origen- a aquel sector de la población nacional que surge como tal a partir del último tercio del pasado siglo pasando a vivir en condiciones económicas extremadamente difíciles, no alcanzando a cubrir de forma satisfactoria las necesidades elementales de alimentación, vivienda, vestimenta y salud. De predominante origen rural,

al manifestarse las causas que lo generaron sus integrantes continuaron viviendo en dicho medio pero concentrados en los denominados «rancheríos»,»pueblos de ratas» o emigraron hacia los centros urbanos, radicándose en su periferia y formando los «rancheríos de las orillas», como con frecuencia lo identifica la documentación de época. Dicho fenómeno, que involucró a casi todo el país pero con muy significativas variantes espaciales en lo que hace a su intensidad y vigencia, prácticamente llegó hasta nuestros días. No siendo tampoco ajenos a él las manifestaciones más actuales del cantegril y asentamientos ilegales que han tenido lugar fundamentalmente en Montevideo desde hace ya varias décadas.

En el campo de la Historia Nacional no son para nada abundantes los estudios sobre este sector social que llegará a ser cuantitativamente tan importante y ya con más de un siglo de existencia. Casi como excepciones deben destacarse los trabajos de B.Nahum-J.P.Barrán (1967, 1971, 1972, 1973) y R.Jacob (1969). Más abundantes han sido los estudios económicos y sociológicos, especialmente sobre pauperismo rural, destacando en este caso, de una extensa nómina, los de D.García Acevedo (1910), V.Chiarino-M.Saralegui (1944) y el Departamento de Extensión Universitaria (1968). No puede dejar de mencionarse tampoco un importante corpus bibliográfico vinculado directamente al fenómeno de los rancheríos y que tienen su origen en numerosos integrantes del magisterio nacional y generado, fundamentalmente, desde la década de 1930 a la de 1960, así como diversos relevamientos vinculados a las condiciones sanitarias y de vivienda de dichos sectores. Sin embargo, pese al importante volumen de información generada sobre el pobrerío, tanto rural como urbano, llama poderosamente la atención como existe un vacío prácticamente total respecto a las características étnicas de dicho sector.

Características a todas luces sobresalientes pues, sin duda, la ascendencia india, negra y mestiza de buena parte de sus pobladores era un dato evidente.

Volveremos a referirnos al tema de las fuentes documentales cuando abordemos directamente el estudio de la presencia indígena.

Surgimiento del pobrerío

Cronológicamente, como hemos dicho, surge a partir del último tercio del pasado siglo, vinculado directamente a los cambios técnico-económicos que supuso el llamado proceso de modernización para la forma de producción agropecuaria. Con anterioridad a este momento, es decir a lo largo del siglo XVIII y buena parte del XIX, ni la vida rural ni la urbana de estas tierras registran este fenómeno de pobreza estructural, más allá de

algunos casos puntuales en determinados momentos o espacios. Esta situación está dada por las características que hasta ese momento, últimas décadas del siglo XIX, predominaron en el medio rural, entre las que se destacan: campos abiertos, abundancia de ganados, escasa población, inestabilidad política, predominio de relaciones personales vinculadas a los Caudillos, debilidad del Estado, producción primitiva con escasa utilización tecnológica. Todos estos factores generaron posibilidades de alimentación, trabajo y vivienda bastante aceptables en la entonces llamada «tierra purpúrea».

Esta situación, sin embargo, cambió bruscamente, sobre todo a partir de la década de 1870 cuando se consolidó el proceso de modernización que tuvo diversas facetas, siendo la más importante, a los efectos de nuestro trabajo, el cercamiento de los campos con alambrados. Proceso éste verdaderamente vertiginoso y que provocó la sorpresa de los propios contemporáneos. El cercado con piedras o alambrados más que una razón de modificar las antiguas formas de producción tuvo, al menos al principio y en la mayoría de los casos, un sentido de definición y consolidación de la propiedad privada en el medio rural, cosa hasta entonces fuertemente cuestionada y difusa.

El cercado de una estancia suponía la inmediata expulsión de aquellas familias «agregadas» y del personal excedente que ante la presencia del alambrado ahora carecía de sentido mantener.

Innumerables son los testimonios en tal sentido. Exponemos solamente uno, perteneciente a un testigo de esa rápida transformación que en 1879 decía (Jacob,R,1969:47):

> ***«Cada estancia que se cerca representa 10, 15 0 20 individuos o familias que quedan en la miseria, sin otro horizonte que una vida incierta, degradada por el servilismo del que tiene que implorar la caridad para vivir y alentando en su corazón odios hacia esos cercos, causa de su terrible estado;»***

Reunirse en rancheríos -denominados también en los comienzos «tolderías» o «pueblos de ratas»- a la vera de las estancias o en algún retazo de tierra fiscal fue la opción para los que deseaban permanecer en el campo. De lo contrario debían emigrar hacia la periferia de los centros poblados, los cuales rápidamente se vieron rodeados de rancheríos. Testimonios escritos de este temprano éxodo rural -similar al protagonizado de Inglaterra en el siglo XVIII y por otros países occidentales en la primera mitad del pasado- se repitieron, con distinta procedencia en cuanto a las fuentes, desde las dos últimas décadas del siglo XIX. Veamos a título de ejemplo uno correspondiente a 1887 (Padrón,O,1992:230):

«Dícese que en los arrabales de la población (Villa del Durazno) hay infinidad de familias que viven en la más completa indigencia. Algunas de estas familias han sido desalojadas de varios establecimientos rurales, en los cuales vivían como agregados».

Respecto a las cifras de población sobre la cual impactó este primer gran fenómeno de desocupación laboral que enfrentó nuestro país, ya en 1880 Modesto Cluzeau Mortet afirmaba que existían ***«ocho mil familias nacionales sin trabajo, que nada, absolutamente producen al país»*** (Jacob,R,1969:48). Sobre esta estimación algunos autores han considerado que tal proceso desde un comienzo impactó sobre unas 40.000 personas que correspondían a un 10% de la población rural de entonces (Barrán,J.P.-Nahum,B,1967:559-560).

Este proceso de expulsión de mano de obra de las estancias y del medio rural debido no sólo al alambramiento sino a la legislación sobre medianería forzosa, a la creciente racionalización de la producción agropecuaria y al acrecentamiento de los nuevos medios de transportes (caso del ferrocarril, que sustituía o limitaba los medios de transporte tradicionales), continuó hasta bien entrado el presente siglo. En 1910 un informe estimaba en ***«casi 35.000 como número mínimo de personas pobres en el país»*** (García Acevedo,D.,1910:46). Pálido reflejo, a nuestro entender, de una realidad mucho más importante demográficamente, pues el citado informe adolece tanto de severos defectos metodológicos para llegar a esa cifra como de particulares intereses en que dicha realidad no se considerará en toda su dimensión. Algo más de tres décadas después una investigación mucho más rigurosa concluía: ***«siempre excederá de 500 el número de los rancheríos, con una población que no bajará de las 100.000 personas»*** (Chiarino,J.V.-Saralegui,M.,1944:227). Cifra, incluso, de la cual estaban excluídas numerosas concentraciones de rancheríos en la zonas suburbanas que en los distintos censos utilizados no fueron registradas.

Respecto a su distribución espacial, para no abundar excesivamente en detalles, puede resumirse afirmando que el fenómeno del rancherío rural y suburbano tuvo escasa incidencia en la zona sur del país, acrecentando su importancia a medida que se marchaba hacia el norte, alcanzando proporciones verdaderamente alarmantes en Cerro Largo, Rivera, Tacuarembó, Salto, Artigas y también muy importantes en Durazno, Paysandú, Río Negro y Treinta y Tres.

A más de tres décadas de iniciado este triste fenómeno, el mismo mantenía sus características iniciales (García Acevedo,D.,1910:45):

«En general, puede decirse que los pobres afluyen a las cercanías de los centros de población; se establecen en los ejidos o cerca de ellos, en sitios aparentes para obtener algunas changas o poder ejercer la mendicidad en los pueblos o ciudades.
Los que no están cerca de los pueblos, bordean de trecho en trecho los caminos nacionales, donde el trafico es mayor o se establecen en lo que se ha dado en llamar «pueblos de ratas» o «rancherías», ..., es decir, agrupaciones miserables de chozas hechas con palos, cueros, paja, latas, ramas, restos de cajones y otros desperdicios.
En general, ni aún hacen paredes de terrón, porque no pueden sus habitantes contar con una permanencia estable.»

Respecto a los medios de vida que predominaban en esta población marginal, el citado informe sintetizaba bastante bien esa realidad (García Acevedo, D.,1910,46):

«la colocación de peón de estancia estable, es relativamente rara entre los hombres pobres que mantienen o tienen la obligación de mantener familia.
Lo más general, que los medios lícitos tengan el carácter de temporales, y entre éstos, figuran en primera línea los trabajos de esquila y los de cosecha .... Fuera de los mencionados trabajos, los pobres aptos para él siembran en muy pequeña escala, se ocupan como jornaleros para tropear, alambrar, vendimiar, acarreos, corte de leña o realizar pequeños servicios, conocidos con el nombre de «changas» en las orillas de los pueblos ......
Las mujeres lavan, planchan la ropa de los vecinos, se colocan como sirvientas o cocineras o hacen trabajos de bordado y puntillas, que en algunos puntos del país son muy buenos, como en Maldonado .... Los que viven de medios ilícitos, recurren al juego, al abigeato, al robo, a la mendicidad o al contrabando, los hombres, entregándose el otro sexo a la prostitución».

Lo hasta aquí reseñado es sin duda el marco conceptual imprescindible para comprender las dimensiones cronológicas, sociales y económicas de lo que denominamos el pobrerío oriental. Siendo ahora posible penetrar en desentrañar los rasgos étnicos de este importante sector social.

Hemos señalado que el núcleo originario y principal que generó el surgimiento del pobrerío rural y suburbano tuvo un origen rural, por más que con el correr de los años se hayan agregado elementos de otra procedencia. También ya ha sido dicho que la inmensa mayoría de la documentación tanto del pasado como del presente siglo referida al pobrerío no hace referencias precisas a su origen étnico, aún cuando no pocas veces se señala el predominio de piel oscura, designando a los hombres como «negros» o «pardos» y a las mujeres como «chinas». Incluso la población de la periferia de muchos de nuestros centros urbanos era identificada, y aún en parte lo es, como «el chinerío de las orillas».

La documentación referida, sin embargo, tiende siempre a identificarla como población oriental, gentilicio que se resalta especialmente para señalar que pocos o ningún «gringo» existía entre ella, considerando «gringo» a aquella población de origen europeo o del Cercano Oriente, no así a los nacidos en otros lugares de Suramérica. En infinidad de oportunidades también aparece identificada como nuestra población «criolla» o «gaucha» con un sentido claro, también, de marcar su origen no europeo.

Esta excesiva generalidad e imprecisión de las fuentes comienza a desvanecerse si tenemos en cuenta que investigaciones sobre fuentes demográficas (Barrios Pintos,A.,1985-1986-1989-1989), (González,R. -Rodríguez,S.,1982-1990), (Padrón,O., 1986), (Pollero,R.,1990) han señalado la presencia de indígenas, y mestizos de éstos, como un componente muy importante de la población oriental hasta mediados del siglo pasado y radicados en su amplia mayoría en el medio rural. Datos que vienen a corroborar lo que se sabía para el siglo XVIII, en el sentido que la población rural de la Banda Oriental tenía un carácter predominantemente mestizo, donde el aporte indígena jugó un papel muy importante. Aporte, sin duda alguna, abrumadoramente de origen guaraní, y dentro de él con claro predominio de los misioneros, aún cuando no debe desestimarse el aporte de los indios y mestizos provenientes del Paraguay. También de Corrientes, Entre Ríos y el Brasil, regiones de importante presencia poblacional misionera y cuyos descendientes continuaron penetrando a nuestro territorio hasta el presente siglo. Estas corrientes inmigratorias americanas fueron la arcilla humana principal con que se fue gestando la masa poblacional de nuestro medio rural y que en un sentido excesivamente genérico ha

sido identificada como el «gauchaje» (Padrón,O., 1990).

Este grupo humano, extendido por todo el territorio nacional, pero sin duda acentuándose sus rasgos indígenas y mestizos a medida que se penetraba hacia el norte del país, tuvo un claro predominio demográfico pero no socio-económico, pues éste, en general, le correspondió a la población de origen europeo y sus descendientes criollos, mayoritariamente blancos o con escaso mestizaje. De tal origen era la mayoría de los estancieros, especialmente los de mayor riqueza. Indios, negros y mestizos, en cambio, predominaban entre la numerosísima legión de peones, agregados, puesteros, braceros, troperos, carreros, leñadores, sirvientas, lavanderas, así como también en los policías, soldados, contrabandistas, delincuentes y los entonces llamados «vagos y mal entretenidos».

Y fue precisamente esa población la que sufrió directamente las dolorosas consecuencias de la Modernización que hemos reseñado al principio de este trabajo, siendo el material humano que principalmente dio origen al pobrerío.

Es interesante señalar que instrumentos de investigación que se revelan bastante apropiados para detectar la presencia indígena, caso de registros parroquiales y censos locales o departamentales, pierden mucha de su eficacia ya en el período que estamos estudiando, desde 1870 en adelante, pues para entonces se prescindió totalmente en los registros de la caracterización racial. Caracterización que, si bien nunca fue totalmente precisa ni coherente, constituye un importante auxilio posible de ser utilizado hasta mediados del pasado siglo. También el Registro Civil, obligatorio desde 1879, prescindió de la categorización racial, definiendo sólo la nacionalidad de los registrados. Brinda en cambio, datos sobre la condición laboral de los incluídos en el registro, lo que permite obtener importante información económico-social.

No obstante estas limitaciones es posible acceder a fuentes que nos permiten constatar la importante presencia indígena y mestiza como integrante del pobrerío. Tomaré en este caso sólo dos ejemplos de ellas. El primero se trata de testimonios escritos, que como hemos dicho son escasos, pero existen y de muy diverso origen.

En la generación de ganaderos que impulsó la modernización agropecuaria a que hemos venido haciendo referencia, ocupa un lugar principal la figura de Domingo Ordoñana (1829-1897). Apasionado por la historia nacional, fue el hombre de su época que más atención puso en señalar las características étnicas que predominaban en la masa rural que sufría la pérdida de su rol económico tradicional y la consecuente situación de marginación, hecho que remarcó en muchos de sus trabajos de corte social y económico.

Esta preocupación por destacar tal impronta étnica no sólo era fruto de sus cono-

cimientos históricos sobre la formación nacional sino, sobre todo, de poseer una extensa y profunda experiencia de contacto directo con la realidad que analizaba, la campaña oriental.

Decía en una oportunidad, refiriéndose al naciente pobrerío rural (Ordoñana,D., 1874):

> ***«La población nacional, sin propiedad y sin un pedazo de terreno, es más numerosa de lo que generalmente se supone; y es aquella cuyo origen se encuentra en el cruzamiento de los esclavos etiópicos con gentes indígenas, y las mismas gentes escapadas al episodio de Salsipuedes»***

Una corrección, sin duda, merecen estas afirmaciones, en la medida que sabemos hoy que la influencia demográfica charrúa en la formación de dicha población rural fue ínfima en comparación con la guaraní-misionera.

Un año después traza un esquema de la evolución histórica y social del medio rural, distinguiendo el origen de los sectores económicamente predominantes con el de los que integran esa otra entidad que se encuentra en una situación de inferioridad económica y consecuente dependencia frente a a quellos. Percibe también las diferencias entre el sur y el norte del país respecto a la presencia de sangre europea. Sobre el origen de aquella masa poblacional nativa, cuyo destino ante la modernización era la causa de sus preocupaciones y escritos, dirá (Ordoñana,D.,1875):

> ***«En las estancias empezaron los cruzamientos entre los criados indígenas y los esclavos etiópicos, y de ellos proceden esos seres inclasificables que nunca han tenido hogar ni han conocido familia ni lazos de amistad; verdaderos gitanos en su propia patria, se han multiplicado infinitamente hasta llegar a nosotros.»***

Olvidaba o desconocía que en su mayoría sí habían tenido hogar y que buena parte de ellos representaba, en realidad, escombros de una construcción social más avanzada pero ya desaparecida, como habían sido las Misiones.

En el área de las fuentes escritas basadas en relatos, importantes son también los testimonios descriptos sobre los rancheríos pertenecientes en su mayoría a ocasionales viajeros. Veamos sólo a título ilustrativo el fragmento de uno de ellos, correspondientes a

una descripción del rancherío de La Paloma (Dpto. de Durazno) realizada en 1898 (Padrón, O.,1986:90):

> ***«En realidad se han construído allí tal vez unos sesenta o setenta ranchuelos de más o menos capacidad y constructura original, que forman el referido pueblo.***
> ***Los pobladores son casi sin excepción de raza indígena bien pronunciada con algunas variaciones de raza africana y otras mezclas de origen europeo.»***

El segundo ejemplo, respecto a tipos de fuentes de información posibles de utilizar en el estudio que nos ocupa, se refiere a los testimonios orales, ya sea de habitantes de rancheríos o de aquellos que sin habitar en ellos conocieron directamente esa realidad. Supera el medio centenar el número de dicho tipo de testimonio que hemos podido recoger, correspondientes a distintos lugares del país.

Tomaremos en este caso sólo tres ejemplos, pertenecientes los dos primeros a habitantes de rancheríos y el tercero a un observador exterior. Dicen los mismos en la parte sustancial que a los efectos de este trabajo interesa:
-Rancherío próximo a los campos de Nadal (Dpto.Tacuarembó). Testimonio tomado a Pedro García, con 99 años, en 1983:

> ***«Mi abuela era misionera. Yo sé que eramos misioneros. Mi madre se llamaba Justiniana Yasuiré. Toda mi gente era india. Allá en el campo casi todos eran indios, gringos no había. Los indios se decían misioneros y hablaban en castellano, pero entre ellos, a veces, hablaban en la lengua de ellos. (Guaraní). Eran muy religiosos, siempre rezaban antes de dormir, tenían muchos santos de madera, y cada uno los guardaba en sus casas y cada tanto hacían el velorio de los Santos ...... se iban turnando, una vez en un rancho, otra vez en otro ....»***

-Rancherío «Los Agregados» (Dpto.Durazno). Testimonio tomado a Leonardo Severo Avila, con 92 años, en 1989:

> ***«Los campos donde vivíamos eran de Pío Mutter. Cuando él hizo***

el testamento testó para cantidad de pobres pedacitos de tierra y allí se formó el pueblo De los Agregados ...... Indios tapes era lo que había más entonces, eran petisos. Vivían de cacería de bichos y pesca. En los montes del Río Negro habían muchos matreros. .... Mi abuela era india tape. Se llamaba Ruperta Flores, era india misionera como les decían. Era hija de una india misionera, habían venido de la Argentina.»

-Rancherío «Polanco del Yí» (Dpto.Florida). Testimonio tomado a Salvador Fernández, con 102 años, en 1987.

«En el pueblito de Polanco vivían muchos indios y pardos. Creo que eran de los que habían vivido en San Borja aquí cerca de Durazno. Eran puros ranchitos y la gente pobrísima. La mayoría eran aindiados y negruzcos. Habían unos llamados Viliba, otros los indios Canchira. En Goñi (otra población) murió de 106 años un indio viejo.»

A MODO DE CONCLUSIONES

Siendo este un informe preliminar sobre un trabajo mucho más extenso, tanto en perspectivas temáticas a abordar como en las fuentes a utilizar, y habiéndose presentado apenas algunos elementos de juicio vinculados al mismo, más que conclusiones creemos que corresponde realizar tres puntualizaciones.

1°. La necesidad de intensificar los estudios que permitan un conocimiento más afinado de la influencia indígena en nuestro país, especialmente en lo vinculado a su distribución en la estratificación social y en su variabilidad espacial.

2°. Las evidentes connotaciones étnicas (representadas por la existencia de indios, negros y sus descendientes mestizos) que la marginación económica y socio-cultural poseyó también en nuestro país -realidad de la que oficialmente el Uruguay se consideró exceptuado- sin duda también acturon para que se haya producido ese excesivamente prolongado fenómeno de ocultamiento.

3°. Llamar la atención sobre las repercusiones que en el plano de la investigación histórica y social debería tener el poner atención a la faz étnica del fenómeno de la pobre-

za estructural. Pobreza que no nace en las últimas décadas sino, como hemos visto, hace más de un siglo y permaneció vigente hasta el presente, aún cuando haya sufrido significativas modificaciones en su distribución espacial y en muchas de sus causas. La mencionada y necesaria lectura étnica de dicha realidad, parece de más señalarlo, no sólo brinda significados y perspectivass distintas a actores individuales y colectivos, sucesos e instituciones del pasado, sino, también, a fuertes y conflictivas realidades del presente.

BIBLIOGRAFIA

BARRAN, José P.-NAHUM, Benjamín
1967 «Historia Rural del Uruguay Moderno» Montevideo Tomo I 1016 p.
BARRAN, José P.-NAHUM, Benjamín
1971 «Historia Rural del Uruguay Moderno. La crisis económica 1886-1894» Mdeo. Tomo II 680 p.
BARRAN, José P.-NAHUM, Benjamín
1972 «Historia Rural del Uruguay Moderno. Historia social de las revoluciones de 1897 y 1904» Montevideo Tomo IV 209 p.
BARRAN, José P.-NAHUM, Benjamín
1973 «Historia Rural del Uruguay Moderno. Recuperación y dependencia 1895-1904» Montevideo Tomo III 515 p.
BARRIOS PINTOS, Aníbal
1985 «Rivera. Una historia diferente» Montevideo Vol.I-II 343-296 p.
BARRIOS PINTOS, Aníbal
1986 «San José: De la prehistoria a nuestros días» Montevideo Vol I-II
BARRIOS PINTOS, Aníbal
1989 «Paysandú. Historia general» Montevideo Vol I-II 821 p.
BARRIOS PINTOS, Aníbal
1989 «Artigas. De los aborígenes cazadores al tiempo presente» Montevideo Vol. I-II 598 p.
CHIARINO, Juan V.-SARALEGUI, Miguel
1944 «Detrás de la ciudad» Montevideo 439 p.
DEPARTAMENTO EXTENSION UNIVERSITARIA
1968 «Los rancheríos y su gente» Montevideo Vol I-II 97-113 .
GARCIA ACEVEDO, Daniel
1910 «Informe sobre rancheríos». En Federación Rural. Informe producido ante el Congreso Rural Anual de 1910" Montevideo s/f p.9-70.
GONZALEZ, Rodofo-RODRIGUEZ, Susana
1982 «Contribución al estudio de la influencia guaraní en la formación de la sociedad uruguaya». En: Revista Histórica Museo Histórico Nacional Nos. 160-162. Montevideo p.200-316
GONZALEZ, Rodolfo-RODRIGUEZ, Susana
1990 «Guaraníes y paisanos» Colec. Nuestras Raíces Nº 3 Montevideo 52 p.
JACOB, Raúl
1969 «Consecuencias sociales del alambrado (1872-1880)» Montevideo 120 p.
ORDOÑANA, Domingo
1874 «Revista de la Asociación Rural del Uruguay» No.37 p.237.
ORDOÑANA, Domingo
1875 «Pensamiento rural». En: Revista de la Asociación Rural del Uruguay. No. 61 Mdeo. p.930.
PADRON, Oscar
1986, «Sangre Indígena en el Uruguay» Montevideo 124 p.
PADRON, Oscar
1990 «Bases americanas de la población oriental». En: Anales del VII Encuentro Nacional y V Regional de Historia. Montevideo p. 195-199.

PADRON, Oscar
1992, «Historia de Durazno» Montevideo 463 p.
POLLERO, Raquel
1990 «Estudio de la población de Tacuarembó en base a datos históricos-demográficos». En: Anales del VII Encuentro Nacional y V Regional de Historia Montevideo p 216-226.

Este libro se terminó de imprimir en
Imprenta - Editorial MEDIOS el mes de
Noviembre de 1997.
Depósito Legal: 20.274 11/97

Serie: «Guaraníes Misioneros»

Vol. 1 - I - Salsipuedes: conclusión del conflicto interétnico Charrúa-Guaraní.
II - Presencia indígena en el pobrerío oriental.

Vol. 2 - Los indios misioneros y el primer ejército del Uruguay.

Procurar un conocimiento cada vez más fidedigno de nuestra personalidad social -despojado de mitologías y espúreos intereses- parece una tarea no menor a la hora de colaborar con los diversos colectivos -local, departamental y nacional- en la tarea de encontrar el camino más apropiado para un presente y futuro venturosos.

El autor desea apoyar dicha tarea, utilizando para dar a conocer algunos de sus trabajos un instrumento como los Cuadernos, que se presentan apropiados tanto por razones de costos como de agilidad en su edición y difusión.

En principio se editarán tres series: «GUARANÍES MISIONEROS», «DURAZNO» y «URUGUAY Y LA REGIÓN».

En el caso de la Serie «Guaraníes Misioneros» los sucesivos Cuadernos tendrán como objetivo fundamental promover un conocimiento más profundo e integral de la gran influencia que ese pueblo indígena ejerció también sobre Uruguay. A través de múltiples investigaciones los guaraníes misioneros se han revelado como un basamento poblacional y cultural común a una amplia región que abarca áreas importantes de Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay. Sin embargo, en el caso de nuestro país esa presencia e incidencia no ha sido aún plenamente justipreciada, siendo que constituyó un ingrediente étnico fundamental en la formación del pueblo oriental.